

Prólogo

Pazo de Rebolada, San Julián. Norte de Galicia, 1850.

Las campanas de la pequeña iglesia parroquial tocaron a difunto.

Casi en ese mismo instante, y como si se tratara de un inquietante signo premonitorio, un grupo de cuervos abandonó en desbandada la cumbrera del tejado, quebrando la solemnidad de la tarde con sus espeluznantes graznidos.

La señora del Pazo acababa de abandonar el mundo de los vivos tras una penosa y larga enfermedad, dejando a su niña, Ana, su única y muy querida hija, a cargo de un padre déspota y autoritario. Un hombre que lo único que veneraba más que la visión de su propia imagen reflejada en el espejo era el olor acre de los billetes que atesoraba en sus arcas. O, siendo más fieles a la realidad, en las arcas de su difunta esposa, pues todo allí: el Pazo, las propiedades, la fortuna, la respetabilidad en el pueblo e incluso el título nobiliario, pertenecían a la finada, siendo él tan solo el más indebido y afortunado consorte.

Doña Angustias, el ama de cría de la pequeña, se persignó y enjugó las lágrimas con un pañuelo que siempre guardaba discretamente en la bocamanga de su vestido.

Al menos la señora había encontrado al fin descanso, dejando sus penurias y calamidades de pobre niña rica para los que aún mo-

raban entre los vivos. Como era el caso de su pequeña y desvalida infanta. ¡Cuánto le quedaba aún por padecer a aquella pobre criatura al lado de un padre incapaz de mostrar el menor afecto por ella! Aunque a nadie en la Casa Grande le extrañaba un desapego tan inhumano y antinatural. Hasta los animales sienten querencia por sus crías, pero el señor conde era de una pasta distinta, tenía un corazón de piedra dentro de un sayo enteco e insensible. Difícilmente podía sentir afecto por la niña cuando tampoco había sido capaz de mostrar ni una pizca de aprecio por la bondadosa y amable señora mientras esta aún vivía. Y ella sí que era de auténtica pasta de ángel.

Doña Angustias alzó la mirada con resignación hacia la empinada escalera donde, valiéndose de la evidente ventaja que otorga la juventud, la criatura en cuestión subía los peldaños de dos en dos.

—¡Ana, no corras, mujer! Que te vas a hacer daño... —La anciana ama comenzó a subir las escaleras trabajosamente, sujetándose las faldas con ambas manos mientras jadeaba y resoplaba como un viejo animal cansado—. ¡Diantre de criatura!

Al alcanzar por fin el rellano se detuvo un momento, liberó la gruesa tela del agarre y se llevó una mano al hígado, que en esos momentos la estaba matando, para permitirse tomar aire siquiera un segundo. En realidad, apenas un segundo, pues en el acto, meneando la cabeza con fastidio y resignación, se obligó a reanudar la persecución de aquella imparible criatura objeto de todos sus desvelos y cuidados.

—¡Ana, para de una vez! ¡Vas a caerte y a lastimarte de verdad...!

Pero la pequeña, convertida en esos momentos en un dinámico bulto negro plagado de volantes, lazos y tirabuzones, corría como una exhalación a buena distancia delante de su cuidadora, haciendo resonar sus pasitos por toda la galería, desde los lustrados suelos de madera hasta los inalcanzables rosetones del techo, dejando tras de sí un dulce aroma a agua de rosas y jazmín.

La anciana exhaló ruidosamente en plena carrera. En realidad, en esos momentos aquel angelito de cinco años le inspiraba tanta compasión que le resultaría imposible enfadarse con ella aunque le hiciera arrojar los hígados por la boca, como parecía muy probable que sucediera en cualquier instante.

En un momento dado, la pequeña paró en seco, se alzó de puntillas, clavó los deditos cortos y regordetes en el junquillo de la ventana y se encaramó al cristal, llenando de vaho la superficie delante de su nariz.

A lo lejos, el cortejo fúnebre, presidido por un majestuoso coche tirado por dos percherones adornados con crespones negros y seguido por un generoso séquito de almas enlutadas, descendía la ladera muy despacio en dirección al camposanto, que esperaba la llegada de la nueva moradora a poca distancia del mar.

—¿A dónde se la llevan? —La voz de la pequeña sonó tan lastimera que doña Angustias sintió cómo su corazón se desgarraba hasta partirse en dos.

Se detuvo a su espalda, resollando y sudando como un animal de tiro, y dudó un instante si acariciar o no aquella adornada cabecita; al final se decantó por dejar su mano suspendida en el aire unos segundos para luego ocultarla con rapidez entre los pliegues de su falda, cerrándola en impotente puño.

—Tu madre ya no sufre, cariño. —Y tuvo que silenciarse cuando percibió una lágrima descendiendo en soledad por los regordetes mofletes de la niña. Ni un gemido, ni un sollozo. Ana, aun siendo tan pequeña como era, poseía una dignidad encomiable y una fortaleza digna del más valeroso guerrero. O de una damita de su posición, tal y como le había sido inculcado.

«¡No se llora, no se gime, no se muestra debilidad! Todo el mundo a tu alrededor es un enemigo potencial. ¿Lo entiendes, niña boba?», sermoneaba de continuo su estricto padre en un tono digno de general de campaña. ¡Malditas fueran sus enseñanzas!

—Ya no podré hablar con ella... —No era una pregunta.

—Siempre que quieras, amor; cada vez que cierres los ojos y la busques en tu corazón, allí la encontrarás.

La niña apretó los párpados con fuerza para cerrar el paso a las lágrimas. Pero sus esfuerzos fueron en vano, no importaba la fuerza o la voluntad con que los apretara: las lágrimas empezaron a brotar en ese mismo instante para correr por su cara como si alguien hubiera abierto de golpe la presa que las contenía.

—Ya no va a cantarme nunca más por las noches, ni esperará al lado de mi cama hasta que me duerma...

Doña Angustias no pudo evitarlo. Se inclinó con ímpetu sobre ella, furiosa con la vida y con el destino, la cogió en brazos y la abrazó muy fuerte, tratando de consolarla, y a la vez de consolarse a sí misma. La niña rodeó su cuello en un abrazo desesperado y apoyó su carita sobre el hombro de la anciana. Una vez amparada en tan amoroso refugio, rompió a llorar en silencio, como hacía siempre, tragándose todo el dolor y el sufrimiento para sí misma. Sin pretender dar lástima, sin apenas hacerse oír, sin desear llamar la atención.

«¡Un noble del reino jamás muestra signos de debilidad delante de sus inferiores, niña! Nunca lo olvides si esperas hacerte respetar. ¡A nadie le interesa tu dolor, ni a ti debe interesarte el dolor de los demás! ¿Te ha quedado claro? ¡Son tales cualidades las que distinguen el grado de nobleza de cada quien!», solía amonestarla su padre, obligándola a silenciar su llanto cuando se lastimaba durante sus juegos; cuando, como cualquier otro niño, se raspaba las rodillas y las manos hasta hacerse sangre. En esos momentos, no había besitos en la herida ni mimos misericordes, tan solo un brusco empellón para obligarla a levantarse y una regañina por su torpeza. Quizás incluso, dependiendo del humor que gastara el progenitor, podría recibir una bofetada como castigo a tanta indeseable debilidad.

—Yo cuidaré de ti, mi pequeña, y estaré a tu lado cada día de mi vida hasta la hora en que me muera. —Las lágrimas descendieron también por las mejillas de la anciana mientras, a lo lejos, la comitiva

fúnebre se perdía de vista tras las oscuras y rumorosas copas de los pinos que, en sintonía con el momento, deslizaban entre el follaje su lastimoso cántico para lanzarlo al infinito.

Muy poco tardaría la anciana en comprobar las escasas posibilidades que iba a tener de cumplir aquella promesa.

1

Villa y Corte de Madrid, trece años después.

Ana Emilia Victoria Federica de Altamira y Covas se sentó muy erguida en el asiento forrado en cuero negro del coche que su padre había enviado expresamente para buscarla y llevarla de vuelta a su Galicia natal.

Un ligero movimiento en el asiento de enfrente provocó que desviara la mirada del manchón grisáceo que conformaban las calles madrileñas, difuminándose ahora a cierta velocidad al otro lado de la ventanilla, para fijarla en el enorme bulto cubierto de gasas y organdí que constituía su acompañante.

Doña Angustias, su anciana ama de cría, había ido a buscarla a la capital a pesar del tremendo trasiego que un viaje de tantas horas suponía para una mujer de su edad y envergadura. A esas alturas, luchaba a brazo partido por encajar sus generosas carnes, y sus voluminosas capas de ropa, en el reducido habitáculo.

Ana ladeó el rostro para observarla con una ternura infinita, el único modo en el que se sentía capaz de mirar a aquella buena y amorosa mujer, y una sonrisa pletórica de afecto ensanchó ligeramente su semblante.

Aquella anciana de rostro colorado y regordete cuyas mejillas flácidas se descolgaban a ambos lados de su cara como alforjas sobrecargadas había sido una segunda madre para ella aunque, debido a su edad, su rol se acercaba más al de una abuela afectuosa y protectora.

Una abuela a la que amaba por encima de todas las cosas y que, estaba segura, la amaba a ella del mismo modo. Su muy querida nana.

Era muy consciente de que la pobre ama había intentado con todas sus fuerzas suplir la vacante que su señora había dejado en el corazón de la niña trece años atrás, y lo había hecho tan bien que Ana apenas sufrió su ausencia más de lo justo y necesario. De hecho, estaba convencida de que hubiera disfrutado de una infancia y una primera juventud bastante felices si su padre no la hubiera arrancado de forma abrupta de su lado, como se arranca una mala hierba de un bello jardín o la costra de una herida, para desterrarla a un frío colegio de monjas en un lugar que, en su mente infantil, le pareció tan remoto como la luna.

Habían sido trece largos años lejos de casa, trece largos años encerrada en aquel estricto internado para señoritas a donde su padre le había faltado tiempo para enviarla, pocas semanas después de la muerte de su madre, y donde nunca se había molestado en acudir a visitarla. ¿Para qué, en realidad? ¿Para obsequiarla con alguna de esas miradas engreídas cuyas capaces de helar la sangre en las venas al alma más intrépida? ¿Para observarla con estúpido rigor por encima de su artificioso bigote? ¿Para negarle a la cara un abrazo, una caricia o una simple palabra de aliento? ¿O tal vez para recordarle lo beneficioso de crecer sin cariño ni compasión, en un colegio donde el contacto más cercano y personal procedía de los reglazos que las monjas descargaban sobre sus dedos a la mínima falta?

De su padre, durante aquellos años, había conservado tan solo un pequeño y compacto atado de cartas breves e impersonales, atado que horas antes de abandonar el internado se encargó de incinerar en la chimenea del comedor comunal. El severo don Alejandro Covas no se había molestado en plasmar ni una mísera pulgarada de afecto en ninguna de sus frases. Más parecía un esporádico intercambio logístico entre dos empresarios que trataran de cerrar un negocio que a ambos desagradara, que una comunicación cálida y afectuosa entre padre e hija.

Las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa melancólica. ¿Por qué negarlo? Entre los dos jamás había existido una afectuosa relación padre e hija; a esas alturas era muy consciente de ello. Dolorosamente consciente de ello. Su padre, don Alejandro Covas, por alguna razón inexplicable, la repudiaba. Jamás había entendido el porqué. Tal vez por el simple e inevitable hecho de haber nacido.

En todo ese tiempo, además, el caballero tan solo le había permitido hacer cinco visitas fugaces al Pazo durante las vacaciones de Navidad y Pascua. Cinco visitas a casa en trece años.

Ana torció los labios en una mueca de disgusto que alcanzó también el verde manzana de su mirada. ¡Por supuesto, nada que pudiera comprometer su perfecta reputación de caballero distante y atildado, que no desea verse atrapado por innecesarios lazos afectivos o incómodos lastres a su espalda! Aunque ese lastre en cuestión fuese la joven condesa de Rebolada y apareciera perfectamente envuelto en lazos, muselinas, plumas y encajes. Aunque ese lastre fuera su propia hija.

Exhaló por la nariz conteniendo un jadeo. Por fortuna, doña Angustias jamás se olvidó de ella y no dejó de escribirle cada quince días enviándole todo su cariño garabateado en pliegues infinitos de papel, así como recuerdos furtivos de su San Julián natal en forma de diminutas espigas de lavanda o capullitos de rosa, que acababan por desecarse y alcanzar la eternidad entre las hojas de papel vitela. Una vez incluso tuvo el detalle de enviarle el nido abandonado de un carrizo, aquel pájaro diminuto de plumaje color castaño cuyo vuelo tanto le gustaba admirar de niña desde su ventana. Estaba segura de que, si hubiera podido y las severas monjas se lo hubieran permitido, la cariñosa mujer le habría enviado el propio pajarillo cantor para que la acompañara en sus horas más tristes.

Un intermitente zarandeo en el asiento de enfrente la apartó de golpe de sus amargos recuerdos, obligándola a centrar su atención en la

anciana ama y, a consecuencia de ello, ocultar una sonrisa condescendiente bajo el tafilete de su mano enguantada. Doña Angustias había conseguido a duras penas acomodarse en su asiento, pero las amplias capas de enaguas, la estructura de la crinolina, el grueso tejido de la falda y su falta de estilo y coordinación habían propiciado que la tela se abombara alrededor provocando un efecto globo, por lo que la buena mujer permanecía ahora a medio sepultar bajo la profusión de organdí, bordados y encajes. El diminuto sombrero que coronaba su cabeza, ladeado y adornado con una pluma de faisán, suponía el colofón final para convertir aquella imagen en una pintoresca acuarela.

Sin poderlo evitar, de sus labios escapó una breve risita que trató de disimular replegándolos al interior de la boca. Siempre se había considerado una joven sensata y estaba segura de querer a su ama más que a nadie en el mundo, segura también de que nadie más bajo las estrellas se merecía más respeto y afecto que aquella buena mujer, por lo que en ese momento se sintió terriblemente culpable por haber convertido a la anciana, durante unos segundos, en el blanco perfecto para su hilaridad, actuando contra su habitual buen juicio y el profundo afecto que le profesaba. Se recriminó íntimamente su inmadura conducta, e hizo acto de contrición deslizando la mirada a través de la ventanilla para evitar caer de nuevo en la tentación.

—¿Contenta de volver a casa? —consiguió farfullar la mujer una vez se hubo arrellanado a conciencia y recuperado el aliento. Ana fijó sus enormes ojos verdes en ella y esbozó esta vez una amable sonrisa, gesto que consiguió embellecer aún más su hermoso rostro.

—Feliz de volver, y esta vez para quedarme —suspiró, y acomodó las manos sobre el regazo donde, adornadas con ricos guantes de tafilete, recordaban a dos palomas blancas dormidas sobre un océano lavanda, tal era en esa ocasión el color de su vestido.

—No sabes la alegría que siento al saber que regresas para permanecer entre nosotros, niña. No te imaginas lo que te he echado de menos todos estos años.

Ana percibió la presencia de lágrimas vidriando la mirada de su muy querida nana, así como un temblor delator agitando su labio inferior, por lo que se inclinó presurosa hacia adelante y atrapó una de aquellas manos regordetas entre las suyas. El ligero apretón en los dedos consiguió transmitirle a la anciana un atisbo de sosiego, y logró mudar su rostro, súbitamente contrito y presto al llanto, por uno ligeramente más relajado. Incluso se forzó a asomar una tímida sonrisa con tal de no turbar a su joven acompañante.

—Tu felicidad solo es comparable a la mía, mi querida nana. —Y esta vez fueron sus propias lágrimas las que temblaron en los arcos de ébano de sus pestañas. Pero no iba a permitirse llorar. No cuando se sentía tan inmensamente feliz por volver a casa al fin, después de toda una vida encerrada en el internado. Volvía al lado de aquella bondadosa mujer que la quería con toda el alma. Por eso parpadeó y sonrió para disimular su zozobra—. Me muero por estar de nuevo en nuestra querida tierra, por sentir el verde del paisaje acariciándome el alma... —Su expresión se tornó soñadora y su sonrisa más amplia, como la de un niño que describe la visión anhelada del paraíso de sus desvelos—. Por contemplar desde la galería ese mar que extiende su embravecido manto de olas gigantescas más allá de donde alcanza la vista, y ese ondulante océano verde que va desde el monte hasta la orilla de la playa...

Doña Angustias sonrió con condescendencia y no pudo retrasar por más tiempo la pregunta que llevaba acribillándole la cabeza, como cientos de agujas de calcetar clavándose en un ovillo de lana, desde que abandonara el Pazo un día antes.

—¿Te sientes preparada para enfrentarte a tu padre?

Ana la miró fijamente, abandonando el paraíso para volver a la realidad.

—Confíaba en que ningún enfrentamiento tuviera lugar.

La anciana chasqueó la lengua y se removió en su asiento. Tal y como estaba acomodada, con la estructura de la crinolina colocada de cualquier modo y la tela del vestido arrebujada alrededor, debía de encontrarse bastante incómoda y con la movilidad muy limitada.

—Quisiera poder asegurarte que no te verás en la necesidad de encararte con él. Pero conociéndole...

—Y conociendo mis circunstancias... —suspiró, y sus párpados descendieron en un melancólico mohín— y toda la frustración que mi sola presencia representa en su vida...

Doña Angustias casi gimió. Nada había más cierto que aquella lamentable afirmación.

—Niña, yo no me atrevería a poner la mano en el fuego por la paz entre vosotros...

Ana sonrió con indulgencia. A esas alturas ya se encontraba curada de espanto y mucho más que acostumbrada a los desaires de su estricto padre. Pero era natural que tal certeza entristeciera a su buena ama; a cualquiera con dos dedos de frente y un mínimo de corazón, en realidad.

—Haces bien, querida nana, porque te la quemarías. —Acto seguido inhaló por la nariz y una sonrisa radiante asomó de nuevo a sus labios. Una sonrisa capaz de levantar las brumas que empezaban a velar el carruaje—. No te preocupes por mí, sabes que no es la primera vez que me enfrento a él; estoy acostumbrada a lidiar en este tipo de contiendas. —Su voz se tornó más afectuosa si cabe, su cariño alcanzó por extensión aquella mano enlazada a la suya—. Pero no hablemos más de ello. No quiero angustiarme todo el viaje pensando en rostros severos y miradas ceñudas, ya habrá tiempo de vestir la coraza y batallar. Ahora solo deseo pensar en cosas verdaderamente agradables —sus pupilas acuosas reflejaban una gran ilusión—, porque me muero por veros a todos y daros un abrazo enorme. ¿Ha cambiado mucho el Pazo en mi ausencia?

La anciana cabeceó, luchando a brazo partido contra el ejército de lágrimas que amenazaba con pasar al ataque de un momento a otro.

—Lo encontrarás todo igual de bonito que la última vez. Y todos están deseando verte.

Tras un último y afectuoso apretón, Ana soltó la mano de doña Angustias para volver a enderezarse en su asiento con encomiable dignidad. Su semblante, a pesar de mostrar la hierática expresión de

siempre, dejaba traslucir una dolorosa tristeza, patente a través de la inmovilidad de sus pupilas o del severo fruncimiento de sus labios. La sombra funesta volvía a acechar.

—Todos no, estoy segura de ello. —Y devolvió la mirada al paisaje que se desdibujaba en jirones grises y negros más allá de la ventanilla, dando a entender con su gesto que no deseaba conversar más acerca de ese tema.

De ese modo también se aseguraba de mantenerse a salvo de la mirada condescendiente de la anciana, y de preservar su propia intimidad si llegado el momento algunas certezas la llevaban a un llanto inevitable.

De refilón, pudo distinguir la presencia de uno de los varios jinetes embozados que cabalgaban a la par del carruaje, bajo la orden de escoltarlo y custodiarlo durante todo el trayecto hasta su llegada al Pazo. Suspiró con resignación. Toda su vida había tenido a alguien detrás, respirando sobre su nuca, pegado a su augusta sombra, demostrándole que jamás daría un paso sin ser vigilada. Que jamás podría ser libre. Y la presencia de aquellos embozados centinelas, cuidando que el pajarito de porcelana no sufriera ningún percance dentro de su jaula de oro, venía a demostrárselo una vez más.

Apretó los párpados tratando de aliviar el intenso picor que empezaba a fraguarse detrás de ellos. ¿Cuál era la razón de tanto celo? ¿Acaso a don Alejandro Covas le importaba lo más mínimo el miserable pajarito y su seguridad? Estaba completamente segura de que, si por él fuera, él mismo abriría la portezuela de la jaula para que el pajarito volara en aparente libertad, solo para regocijarse cuando el primer halcón de paso acabara por derribarlo en pleno vuelo.



Don Alejandro tamborileó con los dedos, intranquilo e impaciente, sobre la noble madera de su escritorio. El ceño fruncido, los labios firmemente apretados y la carne de las mejillas vibrante a causa de la

cruel opresión que sufría la mandíbula evidenciaban su ofuscación. Su hija volvía a casa, y esta vez de forma definitiva. Esta vez para quedarse.

Por extraño que pareciera, la llegada de aquella criatura, la flamante y muy querida condesa de Rebolada y señorita de Covas, no le reportaba ni un atisbo de felicidad. Torció los labios en una sonrisa cáustica. ¡En realidad su llegada no le hacía sentir más que rabia, envidia y frustración!

Esa muchachita ridícula adornada de lazos, tules y encajes era para él la nube negra que se instala en el cielo para eclipsar el sol. Simple y llanamente.

—¡Condenada mocosa del demonio! —siseó—. ¿Es que jamás voy a poder librarme de ti?

Todo el mundo la adoraba, todo el mundo se deshacía en halagos hacia ella, todo el mundo elogiaba sus bondades y virtudes aun sin haberla tratado durante trece años. ¡Estúpidos aduladores! ¡Ineptos mequetrefes que no sabían más que babear tras un vestido de terciopelo o una caída de párpados ejecutada a tiempo!

Se llevó la mano a unos de los extremos puntiagudos de su bigote para acicalárselo con minuciosidad, moldeando la punta con severidad hacia arriba, gesto socorrido cuando se encontraba intranquilo o contrariado, y resopló con impaciencia.

Ana era un lastre en su vida. Siempre lo había sido, desde el mismo minuto de su nacimiento. Y por tanto, como todo lastre, estorbo o traba, sea cual fuere su naturaleza, le incomodaba tenerla cerca. Jamás le había gustado ni había sido capaz de soportar su cercanía, ni siquiera cuando no era más que una mocosa de medio metro plagada de bucles, lazos y volantes, que alzaba hacia él sus manos lechales para solicitarle con insistencia que la aupara.

Resopló torciendo la sonrisa, asqueado hasta la médula por aquellos lejanos recuerdos que todavía hoy le incomodaban. Ana Emilia Victoria Federica, Ana de Altamira... ¡tan ridícula como su madre e igual de melindrosa! ¡Tan inútil para la sociedad y para ostentar el

título como ella! ¡Tan inoportuna para sus planes como lo había sido la condesa finada!

Volvió la cabeza muy despacio para fijar su mirada en el enorme óleo que presidía su despacho. La desaparecida condesa parecía observarlo con condescendencia bajo su enorme moño estilo *María Antonieta*, explotando al máximo esa mirada de cordero a medio degollar que usaba para derretir a todo el mundo. ¡Menos a él!

—Por si no me hubiera bastado contigo, ahora tengo que soportar también la presencia de tu estúpida hija...

Giró la cabeza en el acto, rechazando tanto la mirada de aquella dama como su presencia. Con la cara ligeramente empolvada con blanquete, los labios de un rojo carmesí y las mejillas encarnadas por el arrebol, su imagen se alejaba mucho del ideal de belleza del conde.

¡Aquella boba remilgada nunca había conseguido despertar en él otra emoción más allá de la repugnancia y la lástima! ¡Pobre niña rica! ¡Despreciable niña rica! Desde el mismo momento en el que fueron presentados, había detestado a aquella mujer enfermiza, pálida y ojerosa, que no hacía más que ahogar sus toses contra un pañuelo salpicado de sangre y que, cada vez que un nuevo estertor la acometía, se aferraba al brazo de quien cuadraba más cerca con la desesperación de un pajarillo moribundo. Había odiado, en silencio y hasta el delirio, a aquella ridícula damisela a la que le había soportado la dosis justa de mojigatería romántica con la esperanza de poder manipularla a su antojo una vez casados. Porque la cuestión era así de simple: se había acercado a ella con el único propósito de desposarla, y la había desposado tan solo con el objetivo de tener acceso a su fortuna.

¡La condesa de Rebolada! ¡La de regio blasón! ¡La de suntuosos carruajes, espléndidos vestidos y tintineantes arcas! ¡La noble más pudiente del norte de Galicia, con tierras en la provincia e incluso en

el limítrofe Principado! ¿Quién, del uno al otro confín del reino, no habría oído hablar de la augusta joven rodeada de fastos y admiradores que besaban a su paso el suelo que ella pisaba?

Todo el mundo sabía que aquella boba padecía el mal de la tisis desde hacía un par de años y que no caminaría mucho tiempo entre los vivos, por lo que solo era cuestión de echarle arrojos y atreverse a cortejarla antes de que hiciera el tránsito.

Alejandro Covas no era tonto, albergaba sed de poder y grandes ambiciones en su corazón. Por eso y, desde el momento en que pudo permitirse coincidir con ella en sociedad, se dedicó a perseguirla de salón en salón con el empeño de un ave rapaz. Y con idéntica porfía que el ave rapaz, esperó el momento oportuno para cernirse sobre su presa y hacerla suya.

Su acecho pronto llegó a buen término, pues la condesa, que no era demasiado agraciada, ahuyentaba a todo posible pretendiente con su languidez, sus toses sanguinas, sus marcadas ojeras, su extrema delgadez y sus desvaríos románticos. La muy boba era una amante acérrima de los literatos ingleses y solía aburrir a los asistentes a las veladas en el Pazo recitando a Shakespeare o a Pope. ¿A quién diablos le importaban aquellos ridículos poetas extranjeros? Otras veces, ejercía de mecenas de literatos nacionales, invitándolos a sus veladas para ayudarles a entrar en sociedad; estas reuniones, donde se congregaban artistas de todo tipo, filósofos e intelectuales de todo el reino, hacían las delicias de la anfitriona, mientras que solo conseguían aburrir a gran parte de los asistentes con sus recitales de poesía o pequeñas representaciones teatrales. Ignorando tal vez que la mayoría de los moscones que la rodeaban solo estaban interesados en echarle el guante al relleno de sus arcas, y no en toda aquella parafernalia cultural.

Alejandro Covas, primogénito de un terrateniente venido a menos, sin títulos, nobleza ni propiedades, era un joven guapo y espigado, de elegante bigote y abundante cabellera peinada hacia atrás, perfectamente inamovible gracias al exagerado uso de afeites.

Su constancia, que llegaba hasta el punto de resultar cansino en ocasiones, su fingido interés, sus miradas arrobadas y sus sonrisas envolventes pronto dieron sus frutos, y la joven e impresionable condesa no tardó más de unas pocas semanas en reparar en la presencia del guapo caballero y caer rendida a sus pies. Todo en uno.

El cortejo fue absolutamente precipitado y la boda se organizó en un visto y no visto. Como justificación, el joven pretendiente alegó el precario estado de salud de la novia y su deseo de cubrirla de dicha durante los años que el Señor tuviera a bien concederles a ambos, y fue este un argumento que nadie pudo rebatir, máxime tratándose de una noble huérfana, mayor de edad y que no debía rendir cuentas ante ningún tutor legal.

Para el astuto caballero resultó imperativo tragarse los escrúpulos y ahogar las arcadas que la sensiblería de la dama y su cuerpo blanco y huesudo le provocaban, con la expectativa de que, con el paso del tiempo, y más pronto que tarde, la aristócrata fallecería y todo sería suyo. O al menos tal consigna era la que le mantenía firme en su empeño y le instaba a perseverar.

Pero sus ínfulas de poder se vieron seriamente arruinadas cuando, con el correr de los años, resultó que la dama no le hacía el santísimo favor de morir, y que su papel en el Pazo se reducía al de un simple consorte. También se hizo evidente que los habitantes del condado jamás le mirarían con lealtad ni respeto. Durante todos aquellos años, solo había conseguido ser una sombra negra y silenciosa que lo único que puede hacer es reptar y tratar de sobresalir detrás de la persona que acapara injustamente toda la luz.

Después, con la llegada de aquella mocosa, tan pálida, delicada y parecida en todo a su ridícula madre, su rabia se incrementó al mismo tiempo que su categoría en aquel maldito condado decrecía. Y sus esperanzas de convertirse en único heredero, también. No había forma humana de destacar por encima de la pequeña, a la que todo el mundo veneraba como a una maldita reina.

Los aldeanos se quitaban el sombrero, saludaban y se inclinaban en reverencia cuando la familia atravesaba los campos en su carruaje

de paseo y la madre mostraba orgullosa a su niña a través de los cristales. Sin embargo, cuando él recorría en solitario aquellos verdes pastos a lomos de su caballo, apenas se dignaban a interrumpir sus labores en el campo para ofrecerle una contrita reverencia o un saludo, que poco o nada tenían de cordial.

No pudo evitarlo y descargó el puño contra el tablero, provocando que el material de escribanía se tambaleara sobre la mesa.

—¡Maldita! —siseó con rabia. Y no fue posible saber si su desprecio se dirigía esta vez a la madre o a la hija. Seguramente a ambas.

Por fortuna, la condesa solo sobrevivió cinco años después de haber dado a luz. ¡Y valiente sacrificio había hecho, pues ni ebrio de brandy hubiera esperado que aquella criatura enfermiza soportara los trabajos del parto! La muy ridícula parecía aferrarse a la vida, ¡y a su fortuna!, con desesperación. ¡No se moría de ninguna de las maneras! Y eso que él se encargaba de abrir las ventanas de su alcoba cada atardecer con la excusa de ventilar la estancia, pero ni con esas la mujer era atacada por una pulmonía. Siempre acudía alguna estúpida doncella, horrorizada ante tanta aireación, para cerrar la ventana y arropar a la inválida, ahuecarle los cojines y proporcionarle un sorbito de bálsamo cordial. Y, por supuesto, para dirigirle a él una mirada condenatoria. ¡Al diablo con todos ellos!

La moribunda, cuya voz se iba afectando conforme pasaban los días hasta asemejarse al débil gorjeo de un pajarillo, rogaba a cada minuto por ver a la recién nacida: pedía que se la acercaran al rostro y le dejaran besarla, susurrarle al oído, cantarle o amamantarla. La estampa que formaban las dos ante sus ojos le provocaba náuseas y unas ganas horribles de arrancarlas del mundo, ¡a ambas!, él mismo con sus propias manos.

Por fortuna apareció por el Pazo una rolliza mujer del lugar, doña Angustias, para ocuparse de las labores de cría, y el conde agradeció que se llevara a la llorona al ala más distante de la casa. ¡Por apartar-

la de su vista hubiera permitido que se la llevara a las mismísimas Indias orientales! ¡Y a la madre también!

Pasaron los meses y, con los meses, los años, y la condesa fue apagándose como un pajarito. Él evitaba su compañía tanto como le era posible. No comían juntos, dormían en alcobas separadas y a menudo pasaban semanas enteras sin que se acercase a la de ella más que para comprobar si vivía o moría. A pesar de su evidente decadencia, la condesa se resistía a dejarse ir, hasta que, finalmente, y como debía ser, la de fúnebre crespón ganó la batalla.

Una vez muerta la diva, el camino empezó a despejarse para él. De pronto, y gracias a la juventud y consiguiente incapacidad de la pequeña, la sombra antaño insignificante y nunca tenida en cuenta pasó a convertirse en el único administrador de los bienes de Rebolada; todo fue a parar a sus manos, tal y como siempre había soñado.

Deshacerse de la niña resultó sumamente fácil. Solo había tenido que discurrir enviarla interna a un colegio de señoritas de la capital con la excusa de ofrecerle la mejor educación, digna de una dama de su categoría, y ya estuvo hecho.

Durante un tiempo todo salió a pedir de boca. Las visitas al Pazo se redujeron hasta el punto de extinguirse casi por completo, los años pasaron y la sociedad empezó a olvidarse de la niña al mismo tiempo que empezaba a prestar atención al conde viudo. Las invitaciones a tertulias, cenas de etiqueta, palcos en la ópera, estrenos de teatro y demás, empezaron a llegar al Pazo de Rebolada con bastante asiduidad, y solo un nombre figuraba en las tarjetas: «Don Alejandro Covas, conde viudo de Rebolada y señor de Covas».

Como siempre debiera haber sido.

Semejante libertad de pronto, semejante presencia en sociedad, tan elevadas relaciones con la flor y nata gallegas y el engrosamiento de una ya de por sí inflamada vanidad llevaron al conde al borde de un abismo al que él solito decidió asomarse: don Alejandro padecía un trastorno que le obligaba a jugar, con una urgencia psicológicamente incontrolable. Su afición al juego solo era equiparable a su incapaci-

dad para salir airoso de cualquier partida, por más elemental que resultara el pasatiempo. Y la libre disposición de la fortuna de los Altamira no hizo más que empeorar dicho vicio.

Las deudas empezaron a crecer, al igual que los rumores acerca de lo fácil que resultaba arrebatarse al conde viudo las monedas de su saquete. Los mensajes de los acreedores, cada vez más amenazantes y menos permisivos, se acumulaban en la platea del vestíbulo; negras sombras emergían en los ángulos oscuros del bosque al paso del carruaje, estorbando a los caballos, para asomar el brillo funesto de un arma bajo el abrigo de una capa, y en más de una ocasión, a la salida de algún club, el caballero se había llevado un apuro por parte de algún enviado de casa solariega para apretar las tuercas al noble deudor.

Mientras todo esto sucedía, las arcas de los Altamira empezaron a mermar de forma preocupante. Sin embargo, muy pocos fueron conscientes del declive en el que empezaba a caer un linaje tan noble y arraigado a causa del despilfarro descontrolado del único administrador de los bienes. Tan solo los más allegados, aquellos que frecuentaban sus círculos o padecían las consecuencias de su irresponsabilidad, empezaron a percatarse de que la otrora cuantiosa fortuna de la casa Altamira tenía los días contados y permitiría al conde tan solo unos cuantos años más de pudiente desahogo si mantenía ese nivel de vida, y todo parecía indicar que así iba a ser.

Don Alejandro tuvo que desprenderse además de algunas tierras para conseguir salvar las facturas que no admitían mayor demora, a riesgo de acabar recibiendo cualquier noche un tiro entre pecho y espalda.

Conforme pasaron los años, la camisa empezó a no llegar al cuerpo al conde, por lo que resultó imperativo trazar un plan para calmar la ira de sus principales acreedores y salvar el pellejo. Era eso o arriesgarse a convertir muy pronto el viejo mausoleo de los Altamira en su residencia definitiva.

Su pérfida sesera no tardó mucho en encontrar una solución: Ana regresaba al Pazo para quedarse, una vez concluida su educa-

ción en la Villa y Corte. Él no tenía el menor interés en tolerar su presencia ni sus ñoñerías de niñita consentida. A esas alturas no quería ni verla, y mucho menos contemplar en el espejo de sus ojos el recuerdo de la difunta condesa.

Por lo tanto, la mejor solución era emplearla como moneda de cambio con el fin de persuadir a alguno de sus acreedores más insistentes. Una vez el pez más gordo del estanque mordiera el anzuelo encandilado por la presencia de la bella y joven condesa, lo demás vendría rodado. Si jugaba bien sus cartas, sobre todo la de aquella reina de corazones de expresión adusta y ojos verdes, no solo se quitaría de encima a ese incordio de hija, sino que sus deudas quedarían saldadas y la paz de espíritu regresaría a su persona.

—Eso es lo que se hará —murmuró esbozando una sonrisa pérfida—. Al fin y al cabo, después de dieciocho años, sí vas a servirme para algo, pequeña idiota.



Conforme se alejaban de la villa y corte de Madrid, el paisaje fue cambiando de forma paulatina.

El gris profundo que imperaba en los edificios y suelos adoquinados de la capital dio paso, poco a poco, a una sucesión de ocres, rojizos y marrones, anunciando la vasta llanura castellana, que en su dilatada amplitud parecía una colcha remendada con un sinfín de parches multicolores, todos dentro de la misma gama de tostados y bermellones. Cada atardecer, el sol se desangraba lentamente sobre el lejano horizonte, incrementando los pintorescos tonos fuego y oro de la meseta.

Ana contemplaba el paisaje a través de la ventanilla y doña Angustias se afanaba en limpiarse el sudor de rostro y escote con un pañuelo de mano, mientras bufaba y resoplaba como un lechón camino del matadero. Estaba colorada como una cereza y empapada como un pato zascandileando en su charco.

Ya no se escuchaba el repique de los cascos de los animales sobre los adoquines; ahora una densa nube de polvo ascendía en volandas del otro lado de la ventanilla. Y grandes bandadas de cuervos y grajos volaban sobre la línea del horizonte, acompañando a las viajeras en su camino mientras llenaban el aire con sus graznidos.

De vez en cuando se podían apreciar rebaños dispersos de gordas ovejas aquí y allá, moteando los pastos de un tono blanco sucio. También adornaba la senda la visión esporádica de pastores trashumantes, acompañados de perros de aguas enormes que imitaban la apariencia del lobo. Los hombres alargaban sus cuellos cual lagartijas y usaban su mano a modo de visera para observar con curiosidad el suntuoso carruaje con los blasones de la casa de Altamira pintados en cada portilla. Seguramente no se veían todos los días coches tan señoriales por aquellos lares.

Pararon en varias casas de posta de la ruta para que los caballos descansaran y las viajeras pudieran refrescarse y comer algo, siempre perfectamente escoltadas por su pequeño séquito de guardianes y sin detenerse demasiado tiempo. Dormían en el carruaje, mecidas por el agitado e incómodo vaivén del camino que, en la mayor parte de las ocasiones, acababa interrumpiendo su sueño con algún golpe inesperado en sus testas.

Al llegar a Ponferrada, la última posta, las damas se asearon y se cambiaron de ropa para aligerar el calor y el polvo del camino. Ana se atavió con un vestido elegante, si bien discreto, confeccionado en damasco rosa palo listado en marrón, mangas ceñidas hasta los pulsos y prominente falda. Su padre le había hecho confeccionar un generoso ajuar para iniciar su nueva vida en Galicia. Un detalle inesperado, por tan amable, teniendo en cuenta el alma negra de la que procedía. Aunque Ana estaba segura de que tanta generosidad obedecía a algún interés privado del conde, pues era un hombre que no acostumbraba a dar puntada sin hilo.

Mientras se recreaba en la imagen que le devolvía el minúsculo espejo de la fonda, una sonrisa nerviosa curvó sus labios y dos rosas

encarnadas encendieron sus mejillas. Quería causar buena impresión entre su gente, quería demostrar que ya no era la niña tímida y apocada de antaño, sino una joven valiente y preparada para asimilar el rol que le correspondía. Sus labios susurraron la consigna que durante tantos días llevaba macerando en su cabeza, a modo de repetitivo mantra: «Seré una buena condesa, daré lo mejor de mí, haré que todos en el condado se sientan orgullosos de mí; incluso él... Sobre todo, él. Conseguiré que no encuentre nada reprochable en mí o en mi conducta para poder atacarme después con ello. Seré digna heredera de mi madre».

Picaron algo de jamón frío, huevos cocidos y pan de maíz que les sirvieron con toda la ceremonia que tan augusta invitada merecía, y después, ama y señorita, se recogieron con presteza al interior del carruaje. Pronto estarían en casa y disfrutarían por fin de la frescura y el salitre del mar besando sus rostros, así como del fuerte perfume de los frondosos pinares de San Julián, cargados de aroma y ululares.

Doña Angustias observó con infinita ternura a su niña Ana mientras ésta dormía. Resultaba incomprendible cómo aquel adorable angelito podía dormir con tal placidez a pesar del traqueteo del carruaje o del insistente golpeteo de su cabeza contra la ventanilla. Pese a todo, parecía profundamente dormida, a juzgar por lo apacible de su respiración y por la expresión relajada de su rostro. Mientras la miraba, no pudo evitar sentir una infinita compasión por ella. La misma compasión que sintió años atrás por su difunta madre, que a pesar de haber vivido rodeada de grandes fastos, nunca había podido ser feliz. Temía que aquella infelicidad fuera hereditaria. Suspiró. Ana era mucho más bonita, sin duda, de lo que lo había sido su madre. Y ella contaba además con la fortuna de gozar de buena salud. Con un poco de suerte, no acabaría uniendo su vida a la de un hombre interesado y ambicioso que solo buscara su propio crecimiento personal, como

le había sucedido a la difunta condesa. Con un poco de suerte, ella gozaría de un destino floreciente.

Ana era un ángel. Bonita, blanca y pura como una azucena. De boquita diminuta como capullo de rosa, ojos verdes como el mar en un soleado día de verano, y cabello castaño oscuro, perfectamente acicalado en esa ocasión bajo un bonete de amplia visera de esparto, que realizaba la honorable función de resguardar aquel rostro níveo e incólume de las inapropiadas caricias del sol.

Discreta y reservada en sus emociones, prudente en sus palabras, de mirada directa y gesto insondable, con solo dieciocho años, Ana poseía un saber estar, una dignidad, una entereza y una compostura dignas de una persona de mucha más edad. Así era como la habían educado, tal consigna era la que se habían encargado de grabar a fuego en su cabeza.

«Debes aprender a ocultar al resto del mundo lo que bulle dentro de ti, esas inquietudes, ilusiones y esperanzas que dan alas a tu corazón y te mantienen con vida. No matarlas o ahogarlas, como otros te sugieren, sino dejarlas agazapadas en lo más profundo de tu alma hasta que llegue el momento oportuno de permitirles salir a la superficie; el momento en el que puedas disfrutar de ellas con absoluta libertad. Entre tanto, muestra un rostro valiente y una presencia de ánimo admirables. Solo así lograrás protegerte. Solo así lograrás que no te hagan daño. Y esta lección incluye, por supuesto y especialmente, a tu señor padre», le había aconsejado ella misma en tantas ocasiones desde que era niña.

Doña Angustias sabía que un sayo tan perfecto y templado, tan medido e impertérrito en apariencia, escondía en su interior un alma inquieta que abrazaba la sensibilidad de corazón, el aleteo incesante e imparable de una imaginación desbordada y un amor creciente por la naturaleza y las cosas sencillas. Sabía que era pura, dulce, buena, vehemente, entusiasta, idealista y romántica... aunque sabía también que jamás dejaría asomar tales emociones, salvo en presencia de alguien que gozara de su absoluta confianza e intimidad, por miedo a ser censurada o lastimada.

Ante el resto del mundo, su exterior reflejaría siempre la compostura y la dignidad propias de su condición.

Todavía mirándola, sonrió con ternura mientras la joven continuaba durmiendo de forma apacible. Inhaló profundamente, tratando de no despertarla.

Mucho había sufrido aquella pobre criatura, obligada a crecer completamente sola y sin el afecto de una verdadera familia. Doña Angustias meneó la cabeza mientras apretaba los dientes con gesto severo. Pero ahora sus tribulaciones habían terminado. Ahora volvía a casa y ella se encargaría de mimarla hasta el delirio, la malcriaría incluso, para resarcirse de todos aquellos años en los que las habían privado de afecto. A la niña. A ella. A las dos.

Se inclinó sobre la joven para colocar bajo sus brazos, perfectamente cruzados sobre el pecho, la manta de viaje que se le había resbalado hasta las rodillas. Después levantó un poco las capas de ropa que cubrían los pies de la joven para comprobar que su ladrillo seguía caliente bajo las botinas. Solo entonces, más tranquila y relajada en su labor de ángel custodio, se repantigó en su asiento, presta a llamar al sueño y no despertarse hasta llegar a Galicia.

—Ya no estás sola, mi niña —susurró para sí misma y para la durmiente—. Seguiré cuidando de ti hasta el día que me muera. Y esta vez no consentiré que te aparten de mi lado. Esta vez cumpliré mi promesa.